
D. H. Lawrence o la consagración de la primavera

Porque si el espíritu, el ser total, es destructivo, la materia es indestructible.

D. H. L.

I

Quetzalcoatl, la serpiente emplumada, retornará para derrotar al dragón de «La existencia degenerada e incompleta», la vida cotidiana que arrastra un tesoro de errores hereditarios, y que se ha apoderado de la ciudad, imagen de lo inhumano. ¿Es Quetzalcoatl lo humano? ¿O lo humano es la imagen que los hombres tenemos de una humanidad futura desde la cual miramos a la actual y la consideración infrahumana? Si el estado de plenitud se fija en el pasado, entonces la historia es una degradación. Pero el retorno del ofidio prodigioso nos pone lo mejor como algo por venir, una promesa. Lo mismo que la opulenta primavera promete al invierno desguarnecido.

Como la poda regenera la planta, la circuncisión regenera el pene, el misterio corta el ciego flujo de lo cotidiano y supera el automatismo de las verdades recibidas, que son todas mentiras. Esta capacidad de quebrar la continuidad de la costumbre, de acceder a lo extraordinario, que es lo verdadero, Lawrence la sitúa en un lugar preciso: el sexo. En un mundo desacralizado y que ha perdido todos sus enigmas (lo sagrado es enigmático) sólo queda un misterio, y éste es el misterio sexual, cámara de las liturgias cuya figura es otra cámara, la alcoba.

Dukes, el misógino, lo explica con toda claridad (quiero decir que explica con claridad algo esencialmente oscuro como el misterio) apelando a otra figura clásica: el río y el puente. A menudo, en las leyendas caballerescas, el héroe llega a un curso de agua cuyo salto es la prueba de las pruebas. Allí su ingenio debe valerse de una espada, un tronco, una peña, lo que fuere, para pasar a la otra orilla, dar el salto cualitativo. Dukes aconseja al héroe que se valga de algo más próximo:

Nuestra civilización se hundirá. Quedará tragada por el abismo, irá a parar a la sima... El único puente que cruce el abismo será el falo... El falo será el puente que nos llevará a lo venidero.

Todo morirá y la carne resucitará, a partir del órgano que asegura, al menos hasta cuando estas palabras se escriben, la reproducción de la vida. Es posible que el héroe se sacrifique poniendo su falo sobre el abismo y haciendo pasar sobre él a los elegidos, réplica de los habitantes del arca de Noé; pues, ¿cómo haría él para caminar sobre su propio falo, si no fuera cortándolo y haciendo la suprema ofrenda de su gallardía? Es cierto que hablamos de símbolos, pero no lo es menos que Lawrence apela a metonimias estrictamente sexuales.

El regeneracionismo lawrenciano invoca el viejo prestigio mítico de los ciclos naturales: al invierno sigue la primavera, del infierno-invierno se surge a la luz, como

surge el minero de la profundidad tenebrosa donde late la más compleja de las transparencias: la del diamante (ya Novalis en *Enrique de Ofterdingen* se había servido de esta imagen y no es la menor conexión de Lawrence con el mundo romántico).

El 7 de diciembre de 1915 le escribe a Ottoline Morrell:

Déjese llevar, abandónese, abandónese completamente y tórnese tenebrosa, bien tenebrosa, como el invierno que siega todas las hojas y las flores y sólo deja las oscuras raíces subterráneas... Tan sólo duermen en las profundas tinieblas donde la existencia vuelve a renacer... Tiene que haber un profundo invierno antes de la primavera... No luche. Abandónese a las tinieblas completamente.

Como la consagración de la primavera, en que se concede la mayoría de edad a los adolescentes, sacrificándose a un joven o un animal que lo sustituye, esta regeneración es una suerte de ceremonia iniciática. De ahí la frecuencia con que los personajes lawrencianos se visten de blanco, pues el blanco es la ausencia de color de las iniciaciones, y Gudrun fantasea que el ombligo del mundo es un lugar solitario entre murallas de nieve, ciegas y terribles, centro místico donde la Gran Madre Iniciática, acaso ella misma, encuentra su lugar. El tiempo violado de la historia se acaba y empieza una «era virgen» (carta a la Morrell, 27 de diciembre de 1915), como pasa en la naturaleza, donde la tierra recupera anualmente su virginidad.

Puesto que hay iniciación, hay rebautizo. Otro elemento necesario es, entonces, el agua lustral, que afecta en Lawrence la figura de una laguna. No sólo es el límite simbólico y líquido entre los Tiempos Viejos y los Tiempos Nuevos, el punto en que hay que tender el puente hacia el futuro virginal, sino un sitio en que el agua revitaliza. Kate, al cruzar las aguas de Sayula, se siente de nuevo joven y virgen, vuelve a temer a la violación, busca a un hombre (Ezequiel, de poderosos pulmones y buenas pistolas) que la proteja de ese miedo elemental al desgarrar que es también su destino central de mujer.

Hay un navío en desuso que un hombre recompone para que vuelva a navegar. El Mar Muerto revive, lo mismo que ese árbol corrompido de la humanidad, con un sabio golpe de hacha, puede ser regenerado. Connie ve al guardabosques con un hacha en la mano. ¿Es el cirujano de hierro por quien clamaban, en aquellos tiempos de nuestros abuelos, tantos regeneracionistas?

El regenerador tiene sexo y la regenerada, también. El sujeto de la regeneración es el varón y el escenario u ocasión del acto regenerador, la hembra. Además, la regeneración viene de abajo, de lo oscuro, lo ventral, lo infernal, lo invernal. Los hombres que regeneran vienen de las clases sociales de abajo, de los países de abajo, a regenerar a una sociedad que ha caído en la impotencia de la matrona estéril y onanista, complacida en el espejo de la cultura. Es curioso el hecho, pues siendo el regenerador el macho, se lo aloja en los espacios convencionalmente destinados a la hembra, pero es que el falo también se sitúa en el vientre y lo suyo es la erección, es decir, el salir de la oscura molicie para trepar a la altura de la distinción, de la individuación.

Luego viene la fase femenina de la regeneración, ya que regenerarse es renacer y para volver a nacer hace falta una madre (iniciática, la Madre Segunda del Segundo Nacimiento) y la madre es, necesariamente, mujer. Morir y renacer en un más allá de

la vida es lo que Lawrence entiende por amor, es decir, la relación del amante recién nacido, bebé, lactante, con la Segunda Madre. El macho es el completador y la hembra completa, plena, llena, es la madre del regenerado.

Lawrence desconfía de que la historia contenga las potencias de la regeneración. La historia no puede regenerarse a sí misma, como en Hegel o en Marx, o en las escatologías judaicas y cristianas, en que el Hijo del Hombre refunda el tiempo. La historia es el afuera, lo que enajena y extraña al hombre en sus propias realizaciones, y la regeneración vendrá de adentro, de una iluminación interior producida en los infiernos íntimos, en las minas recónditas donde anida, paciente, el recóndito diamante de la nueva vida. A Robert Pratt Barlow le escribe el 3 de agosto de 1922:

Es en vano que nos tornemos hacia Buda, o hacia los hindúes, o hacia nuestros propios obreros, buscando el impulso de la vida. Está en nosotros o en ninguna parte. Y ese tornarse hacia las cosas exteriores es sólo una traición.

La historia, hembra violada y corrompida por los hombres, será regenerada por el minero prodigioso, pero ella no regenerará a los hombres ni se repristinará a sí misma.

He aquí a Lawrence tocándose con el utopismo, con los Tiempos Nuevos que no surgen de la historia, sino de un manantial secreto que, se nos asegura, brota en la isla de Utopía. Lugar desconocido donde hace calor y la gente va desnuda, lugar al que Birkin propone ir con Ursula, para sentirse libres, pero también vagabundos y escapados. ¿Errantes y huidizos de la ley? ¿No es esta errancia libre, que lleva a la Tierra de Ninguna Parte, que huye de la norma, el retrato del deseo? Lawrence propone regenerar la historia con una religión utópica que sacralice el deseo, un nuevo paganismo que se oponga a la sacralización de la ley y de la historia (convertida en progreso enriquecedor). La obra del Padre debe ser destruida y los niños eligen la más placentera de las destrucciones: la fuga a la isla donde no hay padres. Acabar con las instituciones, incluidas las religiosas, y refundar la religión de los viejos dioses, tachados por la ley paterna.

En la isla no hay padres, el incesto corre feliz y desnudo. Pero tampoco hay hijos, los personajes lawrencianos, a pesar de la profusión de efusiones que los caracteriza, no suelen tener hijos. ¿Cómo perpetuar la vida, entonces? ¿No equivale el incesto a la muerte, el placer realizado a la cesación del deseo, que es la imagen misma de la muerte?

2

Fiesta primaveral sin padres, el mundo de Lawrence muestra un débil componente paterno, es decir que el personificador de la ley está ausente, tachado, enfermo, moribundo, muerto. No sabemos bien quiénes son los padres de los personajes, o si vemos a algún padre, como el de Gerald, está agonizante. Más: lo vemos respirar las miasmas de la muerte y maldecir de su paternidad, o sea, denunciar sus vínculos con la ley. Morirá de toda muerte, sin resurrección futura. Pero lo paterno es débil dentro del hijo mismo, pues Gerald, aunque desea la muerte de su padre, no es para ocupar su puesto, sino para inhumarlo íntimamente, en esa suerte de aniquilación definitiva que es la muerte última.